

Antiterrorismo como política exterior

EDWARD N. LUTTWAK*

Sin ningún análisis sistemático, sin el habitual proceso de consulta y revisión entre los departamentos del Gobierno, Estados Unidos ha adoptado una política exterior completamente nueva. Al elevar la lucha contra el terrorismo -no sólo contra los terroristas que perpetraron el atentado del 11 de septiembre- a la mayor de todas las prioridades, cambia las premisas básicas de la política exterior estadounidense. Ante todo, esta política implica la formación de una nueva alianza antiterrorista con Rusia, China e India, así como con la OTAN, Japón y otros países que colaboren.

Esta alianza de grandes potencias a favor de un orden internacional no se había visto desde mediados del siglo XIX, cuando la amenaza transnacional procedía de revolucionarios liberales, en lugar de terroristas fanáticos. Inevitablemente, la nueva política exterior choca con las antiguas prioridades, ya sea respecto a los derechos humanos en lo referente a China, o la defensa contra misiles balísticos, que ya no se puede imponer a Rusia.

Esta revolución en la política exterior se produjo de manera espontánea inmediatamente después del 11 de septiembre. Cuando Estados Unidos exigió a Pakistán un abrupto fin de su pródigo apoyo a los gobernantes talibán afganos, descubrió que se estaba forjando una nueva alianza. India estaba dispuesta y deseosa, por supuesto. Su amenaza implícita obligaba a Pakistán a evitar el aislamiento internacional. La reacción rusa no fue una protesta contra las intimidaciones estadounidenses, sino, por el contrario, una inmediata oferta de cooperación, que se hacía más concreta cada día que pasaba, de forma que las tropas estadounidenses tienen acceso ahora a las bases ex soviéticas de Asia Central con pleno respaldo ruso. Sólo China podría haber intervenido para apoyar a Pakistán contra la presión estadounidense. Pero no lo hizo. A pesar de las graves tensiones chino-estadounidenses que parecieron inaugurar un enfrentamiento directo a comienzos de este año, el factor decisivo para China, como para Rusia e India, resultó ser la amenaza islámica: se han puesto bombas en autobuses de Pekín y se han producido atentados en Shinjiang.

El primer blanco de la nueva política y de la nueva alianza serán los gobernantes talibán de buena parte de Afganistán, que es ahora la base de los movimientos antirrusos, antichinos y antiindios, además de la red de Osama Bin Laden. La estrategia obvia es confiar en la cooperación paquistaní, si bien reacia, para poner fin al flujo de municiones a los talibán. La necesitan para seguir luchando, ya que no existe una producción local ni otros proveedores extranjeros. Al mismo tiempo, Estados Unidos y Rusia cooperarán para aumentar los suministros militares a la Alianza del Norte, que es todavía el Gobierno afgano internacionalmente reconocido, aun cuando sólo controla una fracción de su territorio.

El dinero también va a desempeñar un papel. Los talibán conquistaron buena parte de Afganistán no mediante la lucha, sino utilizando los fondos recibidos de donantes árabes a través de la inteligencia militar paquistaní para comprar la lealtad de los jefes tribales y de los señores de la guerra. Ahora, el equilibrio de fondos podría cambiar el equilibrio de poder. Aun cuando los saudíes y los paquistaníes no corten el flujo de fondos para los talibán, la Alianza del Norte podría superarlos con la ayuda de los fondos estadounidenses. Independientemente de que Osama Bin Laden resulte muerto o capturado en el proceso, el pueblo afgano y el mundo se beneficiarían enormemente de la derrota de los talibán, algo que vale la pena conseguir y que no habría conseguido Estados Unidos por sí solo.

Por supuesto, todo esto tiene un precio. Para conseguir su respaldo contra los terroristas antiestadounidenses, Estados Unidos debe también oponerse en igual medida a los terroristas enemigos de China, India y Rusia. Aunque la palestina Hamás, con sus terroristas suicidas, está excluida, la primera lista de organizaciones proscritas publicada por el Gobierno estadounidense incluye ya grupos que luchan en Cachemira, que, desde otros puntos de vista, se podrían considerar combatientes por la libertad. Y Estados Unidos tampoco puede mantener sus reservas acerca de Chechenia, donde los rusos luchan contra una amenaza islámica, así como contra un movimiento nacional de independencia.

Después del 11 de septiembre, se han tomado muchas decisiones drásticas. Enfrentados a despiadados fanáticos con capacidad para explotar las vulnerabilidades inherentes de la vida moderna, Estados Unidos ha organizado una alianza internacional a favor del orden, más que a favor de la libertad, si la elección es aplicable. No es necesario deplorar ese hecho, pero sí hay que reconocerlo.

**Edward N. Luttwak es miembro directivo del Centro de Estudios Internacionales y Estratégicos de Washington.*